

algunas veces convocados en asamblea para pedirles consejo, pero en realidad apenas tuvieron mas influencia sobre el gobierno que la que tuvieron en tiempo de los Tolomeos. Respetábaseles por consideracion á la masa del pueblo y se les dejaba, aunque de mal grado, disfrutar de sus cuantiosas rentas. La soberanía sacerdotal, tal como resucitaba en Etiopía, habia desaparecido para siempre de Egipto.

Fácilmente se comprenderá la necesidad que se sintió de introducir muchas reformas en la administracion del país, de la justicia y de la hacienda, pero acerca de este particular carecemos en absoluto de datos. Las leyes del rey Bocoris, que segun las relaciones de autores griegos constituyeron el fundamento de la mayor parte del derecho civil egipcio, fueron de nuevo promulgadas por sus herederos. Tambien se cita como legislador al rey Amasis, á quien se atribuye especialmente el precepto, ya existente en Atenas desde los tiempos de Solon ó mejor aun desde los de Pisistrato, en virtud del cual era condenado á muerte (?) todo egipcio que no probara ante las autoridades de los distritos cuáles eran sus medios de subsistencia.

Respecto del sistema de hacienda de esta época solo tenemos noticias muy generales. Sabemos, por ejemplo, que estaban exentos de contribuciones los bienes raíces de los sacerdotes, de los templos y de los guerreros. El resto del territorio pertenecía al rey, á excepcion de las tierras que se daban como recompensa á los servidores del Estado que mas se habian distinguido. Los productos de este territorio, es decir, el impuesto del 20 por ciento de lo que rentaba, constituían la fuente principal de los ingresos del monarca. Los labradores, como los actuales fallahs, no eran mas que arrendatarios hereditarios, privados de toda propiedad, ora cultivasen las tierras del rey, ora los patrimonios de los sacerdotes y de los guerreros (1). Está fuera de toda duda que los reyes percibían además, como percibieron en tiempo de los Tolomeos, impuestos indirectos de todas clases que gravitaban especialmente sobre la compra y venta, así como derechos de aduanas y de mercados.

Donde mejores frutos produjo el arcaísmo de la vigésima sexta dinastía fué en las artes plásticas, pues al reproducir las creaciones del Antiguo imperio pudo contarse con modelos llenos de vida que estaban aun en estado de emancipar, hasta cierto punto, al arte de los patronos tradicionales. El relieve que reproducimos (pág. 289) y que representa un sacrificio funerario al estilo del Antiguo imperio, con sus delicados dibujos dotados de vida extraordinaria tratándose de un monumento egipcio, no puede ser contemplado sin experimentar placida satisfaccion. Tambien en punto á estatuas, sobre todo las fundidas en bronce, y á lo que podemos llamar pequeño arte ofrécenos magníficos ejemplares la época saítica. Es, pues, en tesis general, imposible desconocer la existencia de cierto sentimiento artístico durante esta época; la tendencia hácia la mayor elegancia posible en las formas y hácia la finura y el detallado del dibujo, degenera algunas veces en delicadeza exagerada: los tipos jeroglíficos que en esta obra reproducimos y que han sido fundidos tomando por modelo los del período saítico, dan perfecta idea, á pesar de sus pequeñas dimensiones, de las ideas y de las aptitudes artísticas de este tiempo.

De la arquitectura de la época saítica casi nada, por desgracia, ha llegado hasta nosotros, pues si bien los reyes restauraron y ensancharon poco menos que en todo el país los antiguos santuarios y aunque en Tebas encontramos sus nombres ó, por mejor decir, casi siempre los de los soberanos nominales del templo, y en un templo pequeño de Karnak el de

(1) Diodoro, I, 73 74 (véase mas arriba).

la mujer del dios Amon acompañado de su mayordomo, que construyó el edificio, en cambio las grandes construcciones llevadas á cabo por la dinastía, los templos de Sais y de Menfis y quizás tambien de otras ciudades del delta, han desaparecido en ruinas, lo propio que los sepulcros de los reyes de esta dinastía, sin quedar de todo ello mas que algunos restos insignificantes. Esta circunstancia es tambien la causa principal de que nada hayamos podido deducir de los monumentos egipcios respecto de la historia del período saítico (2).

No produjo mejores resultados que en otras materias la tentativa de resucitar en la esfera religiosa los tiempos mas antiguos: en medio de las primitivas formas de sepulcros que servilmente se copian, aparecen por doquiera expresiones y variantes de posteriores épocas; el Panteon ha sufrido un cambio esencial y los iniciados consideran como clave para la inteligencia de la religion las doctrinas secretas, cuya redaccion sacan de los mitos y ritos antiguos. Desde hace mucho tiempo se ha reconocido que todos los dioses, hombres y demás seres son simples formas aparentes de lo puro, increado y eterno, que se manifiesta directamente en el sol; sus descendientes, sus manifestaciones, sus emanaciones por él formadas de sus propios miembros son los dioses, los mas antiguos soberanos de la tierra, que luego se retiraron al cielo, desde donde dirigen el mundo. Las narraciones de sus hazañas y los innumerables usos de su culto son representados en parte sencillamente, como en lo antiguo, y en parte de una manera simbólica, cabiendo afirmar que fueron simples vestiduras de verdades fundamentales, físicas y morales. Estas bagatelas semi-ingeniosas, semi-infantiles, á propósito para toda clase de arbitrariedades, llegaron á causar impresion, en tiempos anteriores y posteriores, á los griegos ó á lo menos á una parte de ellos, pues por mas que algunos las despreciaran, la mayoría ayudó á los egipcios en tal tarea y aun les superó, llegando por último á sacar de tales fruslerías sistemas filosóficos y teológicos en la época de la decadencia de su propia cultura. Para no citar de esto mas que un ejemplo, diremos que aquellos que rechazan la version doméstica y sencilla, explican la leyenda de Osiris diciendo que éste es el símbolo del Nilo ó de la fertilidad, ó de la luna, ó de todo lo bueno, y que Set significa naturalmente todo lo contrario, es decir: la sequía, el desierto, el sol ó todo lo malo. Los apéndices de este orden de ideas nos son ya conocidos, pero difícilmente puede afirmarse si los egipcios los amplificaron hasta en los menores detalles, pues solo los conocemos por las noticias de origen griego (3) y la mayor parte de las explicaciones se funda, como se comprenderá, en combinaciones griegas. Para todos los fines oficiales bastaban las fórmulas y textos antiguos, que ya no fueron modificados por posteriores elementos; así por ejemplo el Libro de los Muertos conservó, durante la época saítica, su última redaccion exclusivista y formal. Es muy posible que algunos hombres profundamente pensadores se abandonaran, en las escuelas sacerdotales, á estos pensamientos y los trasladaran al papel. La doctrina que los griegos, desde Herodoto, atribuyen á los egipcios, y segun la cual el alma del hombre, al morir su cuerpo, va trasmigrando sucesivamente á todos los animales de la tierra, de las aguas y del aire, hasta que terminada esta evolucion, unos tres mil años despues, vuelve á encarnarse en un cuerpo humano, pudo haber nacido despues en Heliópolis ó en cualquier otra parte, como resultado de las confusas ideas de la vida despues de la muerte. Las fuentes egipcias nada nos di-

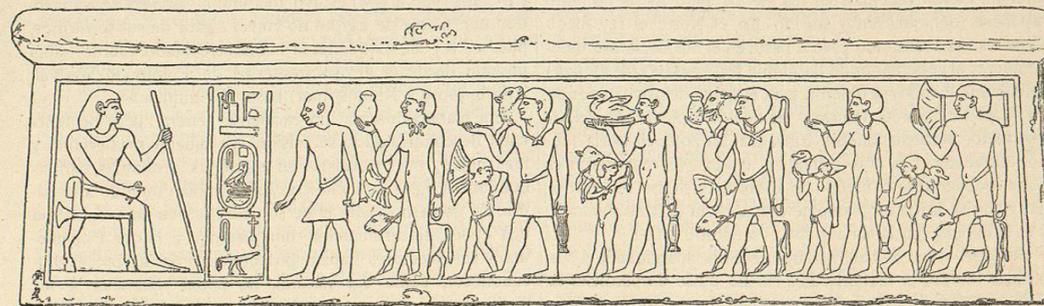
(2) Tambien ha influido en ello la revolucion política y literaria que en estos tiempos se realizó.

(3) Los textos tolmécicos están llenos de etimologías euheméricas y de otras explicaciones, pero éstas aparecen tambien en tiempos anteriores.

cen de esto. Es muy probable que la tal doctrina no ejerciera ninguna influencia, y, por punto general, ofrecieron muy escaso interés las cuestiones religiosas trascendentales. Tiempo hacia que la verdad habia sido sólidamente asentada transmitiéndose de una á otra generacion por medio de la enseñanza y de la escritura: ¿qué novedades podian comunicarse? ¿A qué esforzarse tan inútilmente? La gente se alimentaba espiritualmente con una civilizacion antigua y completa y se daba con ella por satisfecha. La única cosa que despertó interés fué el lado práctico de la «ciencia» teológica, es decir, la magia, la averiguacion de nombres y fórmulas secretas y dotadas de mágico poder; de esto tratan muchos papiros que hasta nosotros han llegado.

Por lo demás, la masa general de los egipcios nada dejó que desear en punto á devocion; las descripciones griegas demuestran cuán en serio era tomado el culto y cuán exactamente se cumplian los innumerables preceptos del ritual,

siendo digno de notarse que además de las construcciones de templos y de las restauraciones llevadas á cabo por los reyes, se hicieron muchas fundaciones de capillas debidas á los particulares (1). La teología, siguiendo los mismos pasos que la política, vuelve á ostentar en primera línea las divinidades del Bajo Egipto, sobresaliendo entre ellas Ptah (en griego Hepastos) de Menfis, Neit (en griego Athene) de Sais, Bast (en griego Artemis) de Bubastis, Uazit (en griego Leto) de Buto y otras (2). Amon vuelve á ser lo que en otro tiempo, es decir, el dios local de Tebas, y á pesar de los innumerables atributos con que es venerado en esta ciudad y en los oasis por los egipcios colonizados en tiempo del Nuevo imperio (3), la inmensa mayoría del pueblo egipcio le concede escasísima importancia. Tambien Tum-Ra de Heliópolis pierde parte de su antiguo esplendor; la doctrina de él emanada hace tiempo que es del dominio público, habiendo redundado en provecho de los otros dioses del país. En cambio, las divinidades del



Relieve representando un sacrificio funerario (vigésima sexta dinastía), segun Mariette (*Monuments divers*, p. 35).

círculo de Osiris adquieren cada dia mayor consideracion y son adoradas por igual en todo el territorio (4). En esta época es cuando Isis «la gran hechicera», adquiere el carácter de gran diosa de todo el Egipto, de modo que es de todas las divinidades egipcias la que alcanza mayor popularidad.

Mayor veneracion prestó todavía la masa del pueblo á las imágenes vivientes de los dioses sobre la tierra, es decir, á los animales sagrados, pues á lo que parece, en aquel tiempo fué cuando el cuidado de las vacas y de los toros, de los ibis y de los gavilanes, de los gatos y de los cocodrilos adquirió las proporciones que las descripciones griegas indican. Al frente de todos estos animales figuraba el buey Apis de Menfis, «la nueva vida (encarnacion) de Ptah», cuya consideracion fué en constante aumento desde la época de los Ramécidas. Psammético I construyó para él un nuevo templo, donde el sagrado animal se presentaba ante la multitud, que traducia en oráculos sus movimientos. La veneracion no se limitaba únicamente á los animales vivos, sino que se extendia á sus cadáveres, enterrados en la magnífica tumba subterránea del Serapeum, situada al extremo de la desierta meseta de Sakkarah junto á Menfis. Poco á poco fué tomando cuerpo la creencia de que el buey muerto y por tanto convertido en Osiris, el Osiris-Apis (en egipcio Osar-hapi y en griego Sarapis), era la suprema di-

(1) Revillout: *Revue égyptologique*, tomo II, pág. 32.

(2) Obsérvese que Herodoto al ocuparse de la religion, de las fiestas, etc., egipcias (II, 59), casi exclusivamente se refiere al Bajo Egipto. De muy distinta manera se habria expresado un siglo antes.

(3) Sabido es que los griegos de Cirene, cuyo oráculo del desierto gozaba de gran consideracion, fueron los primeros en conocer á Amon, de quien llegó á ellos noticia desde el mas remoto de estos oasis, el Anonion de Sivvia, transmitiéndose luego su conocimiento á los demás griegos.

(4) Véase Herodoto, II, 42.

vinidad, el compendio de toda divina esencia. Tampoco era muy extraña en aquellos pueblos la idea de considerar al dios muerto como la divinidad que venció al mundo y por consiguiente dominó en él.

Cuatrocientos años despues de destronado el último Ramécida, daba Psammético I nuevamente al Estado egipcio una forma sólida; y dadas la mayor dificultad y complicacion de las cosas, se puede afirmar que lo realizado por el dinasta de Sais fué mas grandioso é individual que lo llevado á cabo por A'ahmes y por Amenemhat I; los dioses le favorecieron concediéndole un reinado de 54 años (desde 663 á 609), durante el cual, como durante los de sus sucesores, el valle del Nilo disfrutó de un bienestar material de que hacia mucho tiempo no habia gozado. «En tiempo de Amasis (569-526), — dice Herodoto, — Egipto debió de gozar del mayor bienestar, contándose en su territorio 20,000 lugares habitados (ciudades).» Pero por muy hombre de Estado que el tal monarca fuese, no pudo traspasar los límites que la naturaleza de su pueblo y la fuerza de las relaciones exteriores le imponian; culpa de Psammético no era que el edificio artificial por él levantado se desplomara por falta de vigor vital interno y que no pudiera sostenerse por mucho tiempo enfrente de las potencias enemigas.

## CAPITULO V

EGIPTO Y BABILONIA. — AMASIS

Mientras el Egipto se consolidaba nuevamente, el imperio asirio corria hácia su ruina. En el año 640 antes de J. C., Assurbanipal (Sardanápalo) dominaba todavía, á excepcion del de Egipto, casi todo el territorio que habia heredado de